

## Comentarios a la Ponencia

### “La Esencia de la Formación Pastoral” de Luis Ovando Hernández, S. J.

Jesús Orbezo

Parto los comentarios desde un reconocimiento positivo del enfoque y contenidos de la propuesta que presenta Luis Ovando. Añado algunos comentarios que pueden afirmar, ampliar o complementar alguno de los enfoques o contenidos.

Hay dos preguntas que enmarcan este tema de fondo sobre la identidad y misión de nuestras obras educativas: ¿Quiénes somos? Y ¿A qué hemos sido llamados? Ambas preguntas se entrelazan y no hay respuesta a una sin que esté implicada la otra. La identidad nos remite a la misión, y la misión nos confiere identidad. El encuentro con el Señor es lo que nos constituye como personas llamadas a la misión o por la misma llamada del Señor somos constituidos en personas en misión.

Aprecio el esfuerzo del ponente en definir los términos y vestirlos de una lógica impecable. Pero me pregunto si podemos acercarnos al tema desde otra “lógica”, la que utilizó Jesús para señalar qué es el “reino de los cielos” en dos parábolas, que nos pueden ilustrar para descubrir lo que es “esencial” en nuestras vidas, lo que nos “constituye” como personas del reino.

La primera tiene que ver con el hombre que descubre el tesoro escondido. “...lo descubre...y lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, vende todas sus posesiones para comprar el campo” (Lc 13, 44)

La segunda hace referencia “...a un comerciante de perlas finas: al descubrir una de gran valor, va, vende todas sus posesiones y la compra”. (Lc 13, 45-46)

El reino, tesoro-perla fina, se convierte en el único valor absoluto para aquellos que lo descubren, en su mayor riqueza, por lo que merece darlo todo. La persona adquiere nuevo rostro y sentido, y su vida encuentra nuevo anclaje. Estas son historias que “definen” lo que verdaderamente somos y, en consecuencia, señalan, en esencia, el camino de la formación que necesitamos.

No hay duda de que el meollo de la pastoral es “el encuentro con Dios al modo de Jesús de Nazaret”. Esta experiencia personal es insustituible, por más que se acumulen conocimientos de bibliotecas enteras. Es la experiencia de la Pascua de Resurrección, en la que reactualizamos la experiencia fundante de la iglesia: con su presencia, el Señor vuelve a reunir a sus discípulos, cobardes y frustrados, dándoles paz (la paz esté con ustedes), los envía a ser testigos de su presencia viva, movidos por el Espíritu Santo. El Señor se sigue fiando, les confía misión, y los capacita haciéndoles dignos.

Para Ignacio de Loyola el encuentro central con el Señor se realiza en un contexto de llamamiento, de convocatoria para seguir sus pasos. Encuentro y seguimiento son las dos caras de una misma moneda.

El énfasis sobre el silencio es acertado, en medio de un mundo que se refugia en el “ruido” de todo tipo para no encontrarse con la realidad, con lo profundo de uno mismo. El silencio sirve

para hacer un uso adecuado de todos nuestros sentidos en orden a conectarnos honestamente con la realidad, como medios para conectarnos honestamente con la realidad.

Estamos invitados a “escuchar” con todos los sentidos. Todos ellos están necesitados de una pausa vital, condición para su uso creativo. Ignacio de Loyola hace uso de la imaginación activa y pone en juego a todos los sentidos.

- En la Contemplación de la Encarnación apunta hacia. “ver las personas”, “oír lo que hablan”, “mirar lo que hacen”.
- Más adelante, en la quinta contemplación dice: “La quinta será traer los cinco sentidos...”: “ver a las personas”, “oír con el oído”, “oler y gustar con el olfato”, “tocar con el tacto”,...
- La experiencia que tuvo Ignacio de Loyola en el Cardoner (Manresa) lo marcó para toda su vida, pues le “abrió sus ojos de tal modo que le parecían todas las cosas nuevas, porque comenzó a verlas con ojos nuevos” (CG 35, D 2, 5).

Los sentidos tienen un doble efecto, uno sobre el que los usa y otro sobre su objeto. Esto es especialmente notable en la mirada. La mirada física y la imaginativa ofrecen alimento para nuestra vida personal, pero también moldean a aquellas personas que son objeto de la mirada. De ahí la importancia de saber mirar y de la necesidad de ojos nuevos para tal efecto. ¡Necesitamos ojos nuevos para una mirada nueva!

- Mirada nueva para ver lo que está en el fondo de nuestro corazón. Que cada mañana se enfrente, se reconcilie y se dé un voto de confianza cuando mire su rostro en el espejo.
- Mirada que vea, pues saber ver es un don. Hay miradas que por mucho que miren no ven. Miradas que vean la bondad que nos rodea y, especialmente, la bondad y potencialidades de nuestros niños y niñas, de nuestros jóvenes y compañeros de camino. Mirada que no deja de ver la fealdad y la maldad presente en la realidad, pero que no re-huye mirar esa misma realidad sino que la mira para transformarla en belleza y bondad.
- Mirada que dé vida iluminando el camino, que dé razones para vivir, que trasmita en gratuidad la fe que tenemos porque, también, la hemos recibido gratuitamente; superando miradas que quitan vida, que matan.
- Mirada que abra en niños y jóvenes horizontes de futuro, aun en situaciones en donde no se vean salidas lógicas, que siembre ilusiones y deseos.
- Mirada que trasmita lo que como educadores nunca podemos perder: alegría y esperanza.

La CG 35 es consciente de que para ver y gustar a Dios presente en la realidad se requiere de un proceso (D 2, 6). El saber hacer silencio, el saber mirar y, en general, el uso de los sentidos requiere de un proceso de aprendizaje que el que esté comprometido con la pastoral no puede obviar. En su horizonte debe estar una manera de situarse de modo contemplativo en el mundo, de contemplar a Dios que actúa en lo más hondo de la realidad personal y histórica.

El discernimiento ignaciano encuentra su tarea más delicada cuando quiere entrar en elección entre varias opciones buenas en sí, pues el mal espíritu se manifiesta, también, en lo bueno. Dos observaciones: Como condición del discernimiento cobran sentido las últimas palabras del

Principio y Fundamento: “...solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce al fin que somos criados” [23]. Para crecer en la capacidad de discernimiento se hace necesario trabajar el mundo de los deseos que, no pocas veces, son los que toman las riendas de nuestras vidas.

Los Ejercicios Espirituales son bien claros con la función del que da los ejercicios, como lo indican los números [2 y 15]. Para la vida ordinaria, la ponencia indica bien las cualidades del acompañante y las herramientas que debe de tener a mano para un provechoso acompañamiento. Añado un punto. Ignacio termina las Contemplaciones de la Segunda, Tercera y Cuarta Semana con la propuesta de “reflexionar para sacar algún provecho”. (*Reflexionar: es el hecho de reflejarse el rayo de luz en un cuerpo opaco. Dejar que se refleje en nosotros aquello que hemos experimentado. Que me agarre desprevenido y sin defensas, sin que manipule con la reflexión el impacto*). Una de las tareas importantes del acompañamiento es garantizar que la realidad se refleje, impacte y toque al sujeto acompañado, para que en la confrontación no haya ningún tipo de manipulación. Es decir, saber confrontar a las personas para que tomen conciencia de su realidad y para sacar provecho de la misma.

Como conclusión para la formación. Los contenidos conceptuales formales de un programa de formación de los que se comprometen en la pastoral no garantizan su formación en Identidad y Misión, a no ser que vaya precedido y acompañado por un proceso de crecimiento de su vida espiritual. Constituyen pilares irrenunciable de su formación: la experiencia de los Ejercicios Espirituales, la contemplación de los evangelios que nos lleve a la contemplación de la acción de Dios en nuestra realidad personal e histórica, el poner en uso contemplativo todos nuestros sentidos, el saber “reflexionar” lo experimentado sin que medie manipulación alguna, la experiencia del discernimiento, el ser acompañado y acompañar.

Hay una dimensión de la persona que frecuentemente la dejamos fuera de nuestra programación en los procesos formativos; esta es la dimensión afectiva y del mundo de los deseos. En medio de las múltiples fragilidades y limitaciones de nuestra condición humana, es indispensable una atención sistemática y personal, para que las personas encuentren en el camino del seguimiento a Jesús su plenitud personal, para que, en definitiva, sean felices. A tal efecto, son muy pertinentes las indicaciones para nuestra vida espiritual y apostólica en la literatura presentada por Carlos Domínguez en los EE, en San Javier, agosto 2011; y similares.